



© Mariano Martín Rodríguez, © Javier Pacios, © Bruno Salgado,
© Derechohabientes de Joan Baptista Xuriguera

La lejana prehistoria en dos relatos de lengua portuguesa

Introducción y traducción de Mariano Martín Rodríguez

La ficción prehistórica o paleoficción¹ tiene su origen en la conjunción de los descubrimientos paleontológicos que fueron revelando la existencia de especies humanas anteriores a la nuestra, con una nueva visión de la historia de la Tierra que tendía a sustituir las antiguas concepciones de la creación teológica por otras en las que el cambio constante de las condiciones naturales provocaba mutaciones correspondientes en los seres vivos, incluido el

ser humano, que está tan sujeto al juego de la evolución como los demás animales. Aunque sería abusivo ligar estrechamente los avances científicos con la historia literaria, no cabe duda de que la continua aparición de fósiles, incluso de homínidos, aguijó la imaginación de numerosos escritores europeos y americanos en la segunda mitad del siglo XIX. Estos tomaron como punto de partida las parcas informaciones que podían desprenderse científicamente de los

¹ La expresión «ficción prehistórica» parece lógicamente poco feliz, pues no hay manera de saber cómo hubo de ser la literatura antes del nacimiento de la escritura, que marca el inicio de la Historia. No obstante, es la fórmula consagrada internacionalmente (*prehistoric fiction, romans préhistoriques, etc.*) para designar las ficciones, tanto narrativas como de otro tipo (por ejemplo, obras teatrales, películas, etc.) sobre seres humanos prehistóricos, tanto en el Paleolítico como en el Neolítico. Sin embargo, las ficciones sobre las culturas y poblaciones posteriores a la sedentarización son de índole muy distintas a aquellas ambientadas en el Paleolítico. Estas últimas evocan incluso especies humanas anteriores o paralelas a la nuestra (*Homo sapiens sapiens*) y, en cualquier caso, presentan a esas especies en estrecho contacto e interrelación con la naturaleza, la cual determina su comportamiento. En cambio, en las ficciones del Neolítico, son las relaciones entre individuos humanos y las agrupaciones por ellos constituidas las que determinan generalmente el curso de la acción, así como su planteamiento más general, que se suele articular en torno al concepto de civilización. Para designar las ficciones del Paleolítico, preferimos utilizar, pues, otro término más específico, el de *paleoficción* y sus derivados léxicos.

escasos restos de épocas tan lejanas para crear mundos ficticios arcaicos dotados del prestigio intelectual de los nuevos conocimientos, unos mundos en los que la fantasía evocadora ofrecía a los lectores un panorama vivo de los antepasados de la Edad de Piedra, y concretamente del período paleolítico.

Esta recreación de su vida, aventuras y costumbres solo podía tener un carácter especulativo, pues la ausencia de documentos no permitía a la ciencia positiva más que llegar a conclusiones limitadas a partir de los huesos de aquellos hombres² y de sus herramientas líticas o de otros materiales. En sus inicios decimonónicos, la propia ciencia paleontológica se vio obligada a emitir hipótesis variadas para explicar sus hallazgos y darles sentido. Estas hipótesis eran racionales, pero no por ello solían ser menos fantasiosas. Con mayor razón lo son las ficciones inspiradas en tales hallazgos e hipótesis. A diferencia de la ficción histórica, e incluso de la arqueológica sobre civilizaciones antiguas documentadas, quienes las escribían no debían atenerse a lo revelado por las ciencias históricas so pena de extrañar a los lectores cultos que conocieran la historia del período que fuese. En la paleoficción bastaba con dar la impresión de que podía existir una base científica, pero la parquedad de los conocimientos fundados que ofrecía aquella disciplina en sus inicios dio pie a un amplio recurso a la imaginación entre los autores, incluso cuando declaraban haber escrito obras de divulgación, sobre todo novelas orientadas a los jóvenes, tales como la pionera *Rulaman* [*Rulamán*] (1875) de David Friedrich Weinland (1829-1915), para informarlos sobre la existencia en el Paleolítico, mientras se los deleitaba con las aventuras

de unos personajes confrontados con una naturaleza grandiosa, pero llena de riesgos para unos hombres cuya tecnología no les permitía dominar por completo su medio.

Otros escritores se dirigían a un público adulto, que sería probablemente el mismo que consumía narraciones arqueológicas, en busca de un exotismo temporal y del espectáculo más o menos morboso de una humanidad aún no sujeta a las convenciones sociales de la humanidad histórica. Tanto una cosa como otra suelen aparecer en las paleoficciones decimonónicas, ya que las recreaciones especulativas de las costumbres prehistóricas suelen cargarse de connotaciones simbólicas de carácter antropológico. El hombre primitivo no solo vivía de una manera precaria y con forzosa simplicidad, sino que también era una criatura primordial, sujeta a sus instintos de supervivencia y, como tal, entregada a la violencia depredadora para alimentarse tanto como a sus impulsos sexuales para reproducirse. Por ello, era una figura propicia a las construcciones alegóricas sobre la esencia más honda del ser humano, ya que el hombre primitivo estaría más cercano a esa esencia por no estar disciplinado por la artificialidad introducida por la *civilización*, según las ideas que solían expresar entonces las paleoficciones. No obstante, la combinación de alegoría antropológica y recreación arqueológica varía según las obras. La primera predomina, por ejemplo, en *Before Adam* [*Antes de Adán*] (1907) de Jack London (1876-1916), mientras que la segunda es fundamental en *La guerre du feu* [*La guerra del fuego*] (1909/1911), de J.-H. Rosny aîné (1856-1940). Esta distinción puede observarse quizá de modo aún más claro

² Salvo indicación contraria, la palabra *hombre* designa en esta nota y la traducción que sigue al ser humano en general, sin distinciones secundarias. Para designar, en caso necesario, al ser humano de sexo masculino se empleará la palabra *varón*, de acuerdo con la distinción de la lengua madre latina entre *homo* y *vir*.

en sendos cuentos paleoficticios tempranos en lengua portuguesa.

El primero cronológicamente es obra de José Valentim Fialho de Almeida (1857-1911), un autor portugués que se hizo famoso en primer lugar por sus narraciones naturalistas o, en cualquier caso, *realistas*, ya desde su primera colección de *Contos* [Cuentos] (1881). Más adelante evolucionaría hacia una estética decadentista, abierta a lo fabuloso y a una escritura muy ornada, en libros posteriores como *O país das uvas* [El país de las uvas] (1893), pero importa señalar que el autor ya había ofrecido en sus *Contos* una narración que se salía por completo de la tónica de esa colección, en la que las historias se desarrollan en la actualidad y explotan dramáticamente situaciones contemporáneas. El último de los relatos del libro de 1881, titulado en el original «A dor» [*El dolor*]³, se ambienta en la prehistoria lejana. Esta ambientación es ahí puramente alegórica, pues no se ofrece ninguna acción que sea arqueológicamente verosímil, ni tampoco existe un medio real en el que los personajes se muevan y, al hacerlo, generen una imagen concreta de su mundo. Todo lo que se narra obedece a una tipificación simbólica. En un momento indeterminado de los albores de la humanidad, un varón humano primitivo se pregunta por el porqué de su diferencia con su padre, un *orango*, palabra derivada de orangután y que designa en el texto un primate prehumano, pues el pelo cubre todo su cuerpo, tiene rabo y, sobre todo, se comporta de forma completamente animal. En cambio, el protagonista interrogante y quejoso tiene las características físicas del ser humano moderno, igual que su psiquismo, empezando por el sentido de la responsabilidad por sus actos. El dios de las selvas en que vive se le aparece para

dar respuesta a sus preguntas. Esta apariencia sobrenatural es excepcional en la paleoficción y destaca también por su originalidad. Frente a las innumerables reescrituras del mito hebreo de Adán y Eva como explicación tradicional de la *caída* del hombre, el dios innominado imaginado por Fialho de Almeida es independiente de toda construcción mítica. Al mismo tiempo, tampoco es un ente divino de carácter teológico o filosófico, pues se presenta en forma material, con sus adornos vegetales.

Su comportamiento es también bastante original, pues desempeña una función pedagógica en una línea acorde más bien con el Positivismo coetáneo. Hace que el hombre primitivo les parta el cráneo tanto a su progenitor como a su hijo para poder comparar las circunvalaciones cerebrales y explicarle en qué radica la diferencia entre las de un cerebro como el de su padre, en el que dominan los instintos, y las del cerebro de su hijo, en el que domina el intelecto. Es este el que hará que sus descendientes domén el mundo gracias al continuo acrecentamiento de sus conocimientos, pero también el que hará que sufran sin tasa, hasta el dolor supremo de saberse mortales, en contraste con la feliz ignorancia animal del padre *orango*. Es el Pensamiento, con mayúscula inicial que indica su valor de símbolo, lo que hace humano al hombre, pero la infelicidad que conlleva no compensa esa evolución, tal y como deja claro la reacción del protagonista tras recibir la pesimista enseñanza del dios. De este modo, la hominización se presenta como un castigo y, a efectos emocionales, como una decadencia completa y trágicamente ineludible. Pocos textos pueden equipararse en pesimismo, en la línea del decadentismo europeo, a este cuento de Fialho de Almeida. Ni siquiera la aparición

³ La traducción castellana que sigue se basa en la edición siguiente: Fialho d'Almeida, «A dor», *Contos*, nova edição revista e prefaciada por Álvaro J. da Costa Pimpão, Lisboa, Livraria Clássica Editora, [1956], pp. 321-326.

del dios ofrece una salida trascendente. La alegoría antropológica carece en «A dor» de un correlato en un alternativo mundo espiritual, sea este el del más allá de numerosas religiones positivas o el filosófico de las ideas platónicas o entes metafísicos equivalentes. Se trata más bien de una alegoría positivista profundamente original y existencialmente conmovedora que está muy alejada de la corriente principal de la paleoficción. Esta no suele renunciar en un grado tan extremo a lo verosímil facilitado por la recreación arqueológica más o menos amplia, la cual alcanza el extremo contrario en una ficción quizá más descriptiva que narrativa de un escritor brasileño algo más joven que Fialho de Almeida y ya perteneciente al grupo del llamado Fin de Siglo (XIX).

El brasileño Henrique Coelho Neto (1864-1934) tuvo una enorme fama en su país en su época gracias sobre todo a sus numerosos cuentos escritos siguiendo las pautas del Decadentismo internacional, con su cuidado exquisito de la lengua, su retórica centrada en el artificio esteticista y sus temas cosmopolitas y variados en cuanto a sus temas, ambientes y planteamientos. Debido sobre todo a los ataques furibundos de los *modernistas* de su país, para quienes era el escritor prestigioso contra el que se insurgieron para imponer su propia estética vanguardista, Coelho Neto fue preterido injustamente en el canon oficial brasileño, dominado por esos vanguardistas, pese a que las obras de estos nos puedan parecer hoy mucho menos interesantes en cuanto a sus temas y están, sin duda, peor escritas estilísticamente que las de Coelho Neto. Este oficio brilla especialmente en su cuento paleoficticio «Primitivos» [*Primitivos*], que consta en el sumario de su

libro temprano *Rapsódias* [Rapsodias] (1891)⁴. La primera parte es una soberbia descripción de una naturaleza prehistórica exuberante al anochecer, con sus enormes animales carnívoros que marcaban su presencia sobrecogedora mediante el ruido, al tiempo que la flora selvática exhalaba aromas abrumadores. En aquellas tinieblas, los homínidos, aquí también llamados *orangos*, viven en alerta constante en sus cavernas, a la vera del fuego. Sin embargo, no son seres temerosos ante los constantes peligros que los acechan. Al contrario, están perfectamente preparados para afrontarlos, pues son seres colosales, como lo es el ejemplar que protagoniza la segunda parte del cuento. Es un varón (o macho) que, mientras la mujer (o hembra) cuida del fuego en la caverna, vigila a la entrada de esta, rodeado por un paisaje que en esa hora respira sensualidad, tal y como indican unas descripciones que aciertan a representar con sumo vigor expresivo el universal impulso sexual en la naturaleza. La pareja protagonista no es inmune a este impulso y a este ambiente y, a ese respecto, la sensualidad de la mujer se expresa en términos equivalentes a los de la naturaleza descrita, con toda naturalidad por así decir, y con una franqueza rara en aquella época en una obra claramente de *bella literatura*. Con la misma franqueza y naturalidad se narra la unión sexual humana, una unión que rompe con el tópico entonces común de la imposición de la voluntad sexual del macho sobre la hembra.

La cópula es igualitaria y celebrativa, aunque no por eso se produce una igualación de roles como ocurre en la novela paleoficticia *A Woman of the Ice Age* [Una mujer de la edad de hielo] (1906) de L. [Louis] P. [Pope] Gratacap (1851-1917). El *orango* macho asume las tareas

⁴ Como no hemos podido consultar la edición de ese año, no sabemos si «Primitivos» se publicó en ella o en una edición posterior. La utilizada para la traducción castellana que sigue es la segunda: Coelho Neto, «Primitivos», *Rhapsódias*, Rio de Janeiro – Paris, H. Garnier, 1911, pp. 37-40.

de defensa, como cuando parte para enfrentarse nada menos que a unos mamuts, pero la hembra, quien se encarga de confeccionar las armas, da muestras de igual valentía. Desde este punto de vista, podría pensarse que eso era lo natural para el autor, al menos en aquella época pretérita que pintó en este cuento con un tono épico, a la par que sensual, tanto por lo descrito como por el lenguaje empleado. Su estilo se ajusta perfectamente a su universo ficticio y a la visión grandiosa y heroica del hombre u homínido *primitivo* de ambos sexos, según esta recreación magistralmente esteticista de una posible escena de su vida, cuyo realismo no

excluye por completo la dimensión simbólica. A diferencia de la realidad arqueológica y de su plasmación en la paleoficción en general, no es una horda la que habita la caverna, sino una sola pareja a la que cabe ver como par representativo, como encarnación humana de una fuerza genésica natural a la que no pueden escapar, y que se presenta como algo inequívocamente positivo. Pocos se atrevieron a tanto en su época y tampoco en las siguientes. Al final, tal vez nos resulte así Coelho Neto más moderno que los propios *modernistas* que lo eclipsaron al hacerse, con toda injusticia, con el poder literario en Brasil.

JOSÉ VALENTIM FIALHO DE ALMEIDA

EL DOLOR

Cuando el último *orango* dio origen al primer hombre, y este, al llegar a la edad adulta, pudo disfrutar de la grandeza de la fuerza indomable de su padre, domada por la bondad hilarante de su luminosa inteligencia, se hizo a sí mismo un día esta pregunta:

—¿En qué me diferencio de ese ser hosco que solo habla chillando y solo se expresa mediante grotescas contracciones, que tiene un grito para la alegría y un rugido para la ira, que ve morir a sus hijos y escapársele su esposa sin que le invada ese entumecimiento desconsolado que siento si no remedio el mal y si no encuentro explicación a lo que me rodea?

»Él camina a saltos, cubierto de pieles y aullando de venganza, trepando por la nudosidad de los troncos y llenando de su feroz terror las cuevas y los macizos de los bosques palpitantes de nidos, pisando sin remordimientos las corolas más purpúreas y los cálices más olorosos, y no viendo en la inmensidad opulenta y en la cromática radiante

de este mundo alado o de ese mundo vegetal más que la red en la que van a caer descuidadamente sus enemigos y donde él hace sus víctimas.

»¿Es de las diferencias superficiales de estructura (yo estoy desnudo y él está vestido de pelos, él tiene rabo y yo no, las plantas de sus pies tienen la forma de sus manos prensiles y las mías se aplanan por la aspereza de las marchas a que las someto), es de las aparentes diferencias de organismo de donde nacen estas disconformidades de la naturaleza: en él la sequedad, la ferocidad, el egoísmo y la incongruencia; en mí, el terror sagrado de la responsabilidad, el alcance de la visión que me perturba, la previsión sagaz que me aconseja y esta conmoción sin origen que se desborda en mi cuerpo y me tortura o entusiasma, según proceda de una necesidad satisfecha, o bien proceda de un percance inesperado?

Y mientras se preguntaba en voz alta, en medio de los castaños que las enredaderas revestían en cópulas concupiscentes en sus

corazas de hojas, vio aparecer, procedente de los roquedales negros en que moraba, al viejo dios de la selva, una figura alta ceñida de racimos y coronada de flores, con barbas de musgo y una vasta cabellera de hierbas verdes.

—Ábrele la cabeza a tu hijo —dijo el dios.

El hombre tomó el hacha de pedernal, llamó a su hijo y, tras hacer que se arrodillase, le partió el cráneo de un solo golpe.

—Esa caja de hueso que partiste es como la corteza leñosa de ciertos frutos tropicales de los que te alimentas. Partida la cáscara, esos frutos revelan la pulpa delicada, de extraordinaria textura y exquisito sabor.

»—Guarda este fruto —dijo el dios. Y luego añadió, imperiosamente:

—¡Ábrele la cabeza a tu padre! —le ordenó. El hombre encontró en el hueco del gran baobab al viejo *orango* que le había dado el ser, acurrucado y tambaleante, royendo tallos. Le dio las buenas noches, le pidió la bendición como de costumbre y, cuando el *orango* le tendía la mano pelosa, este sintió en la frente el filo del hacha que le separaba el cráneo en dos mitades.

—Extráele el fruto —volvió a decir el dios y el hombre obedeció.

—Bien —dijo el otro. Y señalando cada uno de los cerebros desnudados:

—Este es el cerebro de tu hijo, este es el de tu padre. Ves que el del pequeño es más grande que el del viejo, ¿no? Ahora sigue con la uña cada uno de esos misteriosos arabescos que surcan la pulpa arrancada al pequeño. Dibujan la leyenda que sea en jeroglíficos: es la buena ventura de la especie humana. Son las *circunvoluciones* que apenas están esbozadas en el cerebro del *orango* y que los tuyos llevarán cada vez más profundas y profusamente impresas. Hasta tu padre, el cerebro era algo tan tosco como el granito; a partir de ti se pule, se purifica y se modifica: es la

piedra preciosa, ardiente en la sombra y oscura en la luz, dotada de su propio brillo y propensa a iluminar a lo lejos los oscuros recovecos de los instintos que has heredado y que debes transmitir suavizados y aptos para la utilidad, por la cultura a la que tú mismo los forzarás. Córtalos ambos en trozos y examínalos bien. Son de la misma materia, tienen forma idéntica y parecen tener el mismo valor, pero uno es el hierro en bruto que el minero separa de la veta recóndita, el otro es el hierro dotado de propiedades magnéticas. Puedes llamar a aquel carbón negro y torvo, si hubieras mirado ese diamante tallado, que brilla por los engastes de tus órbitas como si ardiera vívidamente en la corona de un rey.

—¡Entiendo! —dijo el hombre, pensativo.

—Mira con más atención ese meollo de los dos frutos descascarados. Cada pulpa me parece que está formada por lóbulos o esferoides. Es como un continente dividido en naciones por los grandes ríos o un país dividido en distritos por los grandes caminos reales. Cada distrito es la potencia que gobierna alguna función determinada del cuerpo: son las protuberancias. Hay la protuberancia de la memoria, la protuberancia de la inteligencia, la protuberancia de la lujuria, la de la gula...

Y señalando cada prominencia, el dios las llamó por sus nombres. Algunas, que sobresalían en el niño, apenas estaban esbozadas en el *orango* o no existían en absoluto¹. Para compensar, el cerebro del bruto tenía otras colosalmente desarrolladas en comparación con el del pequeño, y el dios las hacía cotejar minuciosamente, una por una.

—Todas las que rigen la dirección de las necesidades de los animales, de los instintos o apetitos, son considerables en tu padre —le decía al hombre—. Todas las que se refieren al

¹ Indica Gratiolet que las circunvoluciones de los primates más rudos son como el esquema de las circunvoluciones del cerebro humano.

intelecto son de una sorprendente grandeza en tu hijo. ¡Por eso buscas en la vida algo más que llenar el estómago si tienes hambre, que beber agua corriente si tienes sed, que descansar si tienes sueño, que copular brutalmente si la virilidad de tu sexo estalla ante la hembra que pasa, sierva obediente de tu crueldad o dócil instrumento de tu lascivia! De ese instinto, que la naturaleza instituyó para poblar sus continentes y sus mares, para llenar de ruido los bosques y de cardúmenes las aguas, instinto completamente grosero en quienes te son inferiores, extrajiste tú los efectos más dulces, las sinfonías más límpidas, los más castos trenos y los más brillantes vuelos de notas.

»Lo llamaste amor y, cristalizando el amor, lo transformaste en adoración. Rompiste los grilletes de la esclava, no permitiendo que sus pies sangrasen, como tus pies de rudo luchador, en los abrojos del bosque y en las espinas de la maledicencia. De tu tosca choza hiciste un templo, de tu fe un lampadario, una cúpula de tu religión y de la mujer tu dios. En el santuario de tu amor pusiste al dios y, desde la cúpula del templo, el lampadario llenó de esplendores místicos la familia y tu alma. ¡Por la adoración domaste tu fuerza, aprendiendo a ser delicado con los débiles, altivo con los orgullosos, cruel con los malvados, justo, generoso y valiente! Estas cualidades se deben a tu inteligencia, un fluido singular que emana de este lóbulo —y lo señalaba— y que te diferenció de tus antepasados. Por esta facultad dominarás los elementos y los animales, serás rey y señor, porque tu brazo siempre obedecerá a tu cabeza. Cada generación recibirá de la anterior un patrimonio de ideas adquiridas, que entregará religiosamente a la que la suceda, enriqueciendo con sus esfuerzos ese patrimonio sagrado e inviolable. Tu ambición quedará satisfecha; descansa.

—¿Y seré eterno? —dijo el hombre, temblando ante esa idea.

—En la historia.

—¿En la vida! ¿Qué me importa la historia? ¿Si podré vivir así siempre, dominando mares y pueblos, y experimentando dentro de mí esta plenitud de savia que se desborda de mi cuerpo y se revela en colosales alegrías?

—¡No! —dijo el dios con voz profunda—. ¡Morirás!

—¿De qué me sirve entonces todo esto? —exclamó, contrayendo su rostro sereno, divinizado por una gracia infinita. Y, levantando desesperado los brazos, cayó llorando por la mezquindad de su condición. El viejo dios sonreía.

—¿Y cuál es la protuberancia en el cerebro de mi hijo que corresponde a ese horrible veneno que tu palabra me hace beber?

El dios se lo señaló, diciendo:

—Ese veneno se llama el *dolor* y nunca envenenó a tu padre.

—Entonces hazme volver a la nativa brutalidad de los míos —dijo el hombre—. Prefiero la grosera inconsciencia del *orango* a esa inteligencia que, iluminando mi vida, hace de esta una prisión, y donde no podré dar un paso, bueno o malo, sin que ese tribunal interior, incorruptible y soberano, me detenga si voy con prisa o me despierte bruscamente si me duermo, para juzgarme por lo que hago y castigarme en todo momento.

La voz del dios gritó:

—¡Nunca!

Y desde entonces, este animal vanidoso, tenido por el más perfecto y libre de los seres vivos, se ha convertido en el miserable esclavo que gime eternamente bajo el látigo de su verdugo, ese verdugo que se llama el Pensamiento.

HENRIQUE COELHO NETO

PRIMITIVOS

Menguaba la protectora lámina candente; las chispas de sol se envainaban en el firmamento.

Anohecía.

Galopaban por el bosque, en trépidas manadas, las vagabundas fieras hambrientas.

En los valles y las gargantas retumbaban rugidos. Los leones, agazapados en el umbral de las cavernas, miraban fijamente el cariz del cielo cambiante.

Bailaban en los gneis las sombras colosales de los osos, suspensos sobre las patas traseras, lacios y titubeantes, sacudiéndose y pateando entre caricias de garras.

Volaban canoros pájaros brillantes.

Se abrían las cortinas verdes del follaje y, en el vértigo de la tarde, gemía el madrigal suavísimo de los nidos.

Selvas vírgenes susurraban un prelude triste y el ambiente se saturaba del perfume casto hecho de la transpiración de las rosas y el aroma volátil de los troncos resinosos.

La fuente, cantarina y enamorada, unía su música perenne a la espléndida cantilena crepuscular de los seres.

Tinieblas de la primera edad. Espesor compacto y siniestro, donde el espíritu vago del primer hombre procuraba descubrir el Dios austero, coevo de las primeras sombras.

Noches de insomnio, noches de vigilia ingrata, a la vera del fuego, en el fondo helado de las cavernas.

Rodaban por los alrededores las bandas furiosas de los colosales *orángos*.

Él, de pie sobre un gneis, miraba honda y atentamente a lo lejos. La sombra erecta y varonil del bárbaro se proyectaba en el lago, que era de una transparencia melancólica de pupila azul.

Era la ronda final; la noche negra iba cayendo de las empinadas sierras.

De cuando en cuando, el bárbaro soltaba un rugido y, blandiendo el hacha de pedernal, parecía desafiar los perfiles difuminados de las rocas lejanas.

En el fondo de la caverna, la mujer, sentada sobre un cráneo de reno, atizaba la hoguera.

Giraba en torbellinos difusos la gran alma de la naturaleza, acá brotando transformada en rosas, allá reventando en magnífica germinación de un nuevo bosque.

La hierba se estremecía, las ramas se apretaban entre convulsiones histéricas de gozo. Aves y arbustos se postraban en una laxitud de fuerte sensualidad.

Y todo amaba en la penumbra deliciosa con la discreción y la delicadeza de los lirios.

Él, el fuerte, vigilaba. Impávido y sereno, penetraba la opacidad negra con su mirada vigilante.

A grandes trechos, entre las rocas, un rugido de leona fecunda vibraba doloroso.

El mar besaba la tierra, la luz besaba el mar.

Entre tanto, el hombre triste, austeramente de pie sobre el gneis, apoyado en la maza de pedernal, se sacudía los largos cabellos flotantes de la cabeza.

Ella anhelaba. La llama de la hoguera le avivaba la sangre, el susurro del follaje le cantaba al oído una canción de amor.

Se irguió semidesnuda, con los senos fuertes de mujer criadora enhiestos, hermosos

como dos poemas genésicos de carne o la biblia del amor en dos capítulos blancos.

Trémula, arrimada a la peña, mirando fijamente el creciente que subía, la mujer, lánguida, esperaba.

El varón seguía vigilando; luego, tras soltar el último grito hacia el desierto, bajó del pedestal de mica de un salto.

Volvió hacia la mujer la mirada salvaje, la observó severamente e indicó con el pedernal una sinuosidad del sitio pálidamente iluminado.

Entonces, sin mediar palabra, sin muelle ternura alguna, fuertes como el bosque, se encontraron los dos cuerpos palpitantes; vacilaron y cayeron rodando sobre la hierba, cerca de los huesos podridos de los renos, entre el crepitar alegre de la hoguera y el manso susurro de la brisa de la noche.

Se amaron allí mismo, al aire libre, entre el encanto pacífico y virginal del campo.

Pero el follaje chascó, tembló el ramaje y el bufido de los mamuts sacudió las palmas.

El hombre saltó con ímpetu; agarró el pedernal y, firme como un semidiós, heroico como el genio errante de la selva primitiva, se abalanzó rugiendo como las alimañas. Y ella, para ayudarlo, aún ebria de sensualidad, se levantó entonando una melodía bárbara y, fuera, con el cuerpo desnudo desafiando a las bestias, se puso a aguzar en los rebordes de las peñas las puntas incisivas de los puñales de pedernal.